



# **Título: “Educar para cambiar el mundo. Educación a la Prosocialidad”**

***Autora: Sandra Rodríguez Gil***

Las Teorías, modelos y metodologías educativas emergentes dirigen su mirada hacia la educación social de los individuos. Educar para la resolución de conflictos, para ejercer el liderazgo, para crear relaciones positivas, se ha convertido en un valor indispensable cuando orientamos la enseñanza hacia la escuela del Siglo XXI. En el mundo de hoy, urge la optimización de una convivencia más armónica, funcional y ajustada, así como el carácter preventivo de la misma. Educar a la Prosocialidad supone fomentar comportamientos que, sin la búsqueda de recompensas externas, favorezcan a otras personas y aumenten la probabilidad de generar una reciprocidad positiva de calidad en las relaciones interpersonales, salvaguardando la identidad, creatividad e iniciativa de las personas implicadas. La práctica educativa orientada al fomento de conductas prosociales, ha sido considerada como uno de los caminos con más potencial para cuidar, tanto la salud mental del individuo como para disminuir la agresividad y la violencia y, como consecuencia, mejorar sensiblemente las relaciones sociales. Prosocialidad constituye, en sí mismo, un concepto más completo que “altruismo”, ya que denota un carácter de reciprocidad y socialidad. Las metodologías de vanguardia laten bajo la noción de ayudarnos unos a otros con la condición del intercambio “Yo hago si tú haces, entre todos podremos más”. Estos esquemas, útiles y necesarios, son incompletos, ya que surgen de la debilidad o la imposición del otro. El modelo Prosocial centra su trabajo en una reciprocidad que no pone el acento únicamente en el rol del emisor de la acción, sino que logra armonizarla con el estado final del receptor.

*The theories, models and emerging educational methodologies look to the social education of individuals. Educating for the resolution of conflicts, to develop leadership skills and to create positive relationships has become a crucial asset when designing the school of the 21<sup>st</sup> century. In today's world, it is urgent to seek a more harmonious, functional and adjusted coexistence, as well as preventing problems. Educating in prosociality encourages behaviors that, without seeking external rewards, in favour of other people and increases the probability of generating positive reciprocity in interpersonal relationships, safeguarding the identity, creativity and initiative of the people involved. The educational practice oriented towards the promotion of prosocial behaviors has been considered as one of the paths with more potential to take care of the mental health of the individual as well as to diminish aggressiveness and violence and, as a consequence, to improve sensibly social relationships. Prosociality constitutes, in itself, a more complete concept than "altruism", since it denotes reciprocity and sociality. The most recent methodologies are underpinned by the notion of helping each other: "I do if you do; together we can achieve more ". These schemes, useful and necessary, are incomplete since they arise from the weakness or the imposition of the other. The Prosocial model focuses its work on a reciprocity that does not focus solely on the role of the issuer of the action, but manages to harmonize it with the final state of the receiver.*

La experiencia se lleva a cabo con un grupo de 4 años de edad, en el colegio Salesianas de San Juan Bosco. El punto de partida lo constituye la implementación del Aprendizaje Cooperativo en el aula, bajo una visión más social que estructural.

Los hermanos Johnson indican, al respecto, que el aprendizaje cooperativo implica mucho más que organizar a un grupo de estudiantes e instruirlos para que se ayuden. Nos brindan cinco componentes que definen como esenciales:

- Interdependencia positiva, que resalta que los esfuerzos de cada uno de los miembros del grupo son indispensables para que el grupo tenga éxito.
- Interacción cara a cara, derivada de la interdependencia positiva, fomenta que los alumnos se faciliten el trabajo unos a otros, se presten ayuda, retroalimenten, alienten, etc.
- Responsabilidad individual, que busca alcanzar que cada alumno/a del grupo sea más fuerte.
- Uso frecuente de habilidades interpersonales.
- Procesamiento grupal, conduciendo al alumnado a realizar una valoración del funcionamiento del grupo con el fin de mejorar su eficacia en un futuro.
- Trabajar bajo la metodología del Aprendizaje Cooperativo dejando fuera, de nuestra visión como docentes, alguno de estos ingredientes, nos conduciría a poner en práctica un Pseudocooperativo que requerirá fuerza, tiempo y esfuerzo y que no alcanzará el potencial que esta metodología posee.
- Exprimir todo el potencial de la cooperación en edades tempranas es nuestro objetivo, por lo que se trabaja como si se tratase de una red: contenidos, habilidades sociales y aprendizaje cooperativo.

En esta comunicación se presenta el trabajo realizado, durante el curso, de las habilidades sociales que, poco a poco, han sentado las bases del trabajo en los grupos.

El primer paso lo constituyó el sentido de pertenencia al gran grupo. A partir de actividades de cohesión grupal, la clase fue desarrollando una atracción hacia el grupo que favoreció la implantación de normas que favoreciesen un clima más positivo en el aula.

Acto seguido, se realizó un sociograma para conformar los equipos de base. Dimos un paso más y trabajamos la cohesión de estos subgrupos.

El abandono de la condición tradicional e individual del aprendizaje, conlleva una serie de consecuencias: el aula se vuelve más ruidosa, los niños se mueven por el aula con naturalidad en busca de material y, como no, los conflictos se acentúan. Adoptar la metodología del Aprendizaje Cooperativo, supone aceptar el conflicto como medio para el aprendizaje.

La resolución y superación de conflictos conlleva la enseñanza de habilidades sociales y el uso interpersonal de las mismas. Atrás ha quedado la idea de que éstas son “autoaprendidas” en los patios del colegio o en la calle.

La sistematización de los procesos de enseñanza desembocará en un correcto aprendizaje. Las habilidades sociales no son un lujo, son algo que los alumnos necesitan aprender para desenvolverse en todos los ámbitos de la vida.

Pero, ¿qué habilidades debemos enseñar? y ¿Cómo debemos enseñarlas?

La respuesta a estas preguntas son las que han guiado el proceso. ¿Por qué habilidad comenzamos? Por aquella que resolvía un conflicto presente en el aula. En este caso, se comenzó enseñando a los alumnos la habilidad de compartir.

Al comenzar el curso, se pidió a las familias que aportasen un cuento para completar nuestra biblioteca de aula. Nuestra visita diaria a la biblioteca generaba continuas discusiones fundadas principalmente en la propiedad de los cuentos.

¿Cómo enseñarla? Las habilidades sociales se basan en un marco abstracto que resulta incomprensible para nuestros alumnos. Encontramos la respuesta en los hermanos Johnson que, nos proponen un cuadro en T como herramienta para la enseñanza. Las preguntas “¿a qué se parece? ¿cómo suena?” la hacen perceptible y visible, a través de los sentidos.

Este cuadro en T fue acompañado por una fase de modelaje, otra de juegos de rol y la aplicación real de la habilidad en diferentes contextos del aula y, por extensión, como se pidió colaboración y participación a las familias, su práctica rebasó los muros de la escuela.

Una de las claves del aprendizaje se encuentra en las recompensas. Aunque en un inicio se utilizaron recompensas extrínsecas con el fin de captar la atención de los alumnos, se decide, durante el proceso, ir las eliminando y hacer prevalecer el sentimiento de “ser mejor persona” sobre la recompensa material.

Esta iniciativa surge con el deseo de dar respuesta a la educación prosocial de las habilidades, desarrollando comportamientos en los alumnos orientados a la ayuda mutua, al consuelo, el dar y el compartir.

Se pretende sobrepasar la barrera de la “condición de intercambio” que se lee entre líneas de las metodologías de vanguardia. Si bien, éstas han sentado las bases de nuestras actuaciones, se ha querido lanzar una mirada a lo que queremos que nuestros alumnos sean en un futuro. Valores como honestidad, gratuidad, paz, escucha profunda, reciprocidad y unidad, forman parte de nuestras expectativas. Por ello, se aboga por la enseñanza de comportamientos prosociales, dirigidos al nacimiento de una reciprocidad positiva entre iguales, basada en estos valores.

Se destaca la importancia del rol del docente durante todo el proceso. La Prosocialidad pone de relieve a la persona. Ésta debe sentirse aceptada y querida independientemente de sus logros o fracasos. El docente debe promover este clima en el aula y ofrecer objetivos alcanzables en dimensiones como la cooperación, la ayuda a otros compañeros, etc. Debe evitarse caer en la comparativa con otros discentes y evitar situaciones de competitividad, buscando en la cooperación la motivación del alumno.

Continuamos trabajando con habilidades como “Saludar”, “Pedir perdón” y “Ser amables”, entre otras. Todas, siguiendo el mismo procedimiento. De esta forma, los alumnos se sentían entrenados y sabían lo que se esperaba de ellos.

Con el objetivo de lograr que los alumnos utilizaran las habilidades aprendidas con constancia elaboramos la actividad “La clase de la felicidad”

Como con todos los objetivos en infantil, desgranamos el proceso en varias fases para que comprendieran bien en qué consistiría la actividad.

En un principio, la actividad fue diseñada para ser utilizada una sola vez.

Junto a los niños, elaboramos un mural en el que escribíamos las habilidades trabajadas durante el curso y lo pegamos en una de las paredes principales del aula. Después, entregamos a cada alumno una traba y escribimos en ella su nombre.

La actividad consistía en meter la traba en el bolsillo del babi y cuando “ocurriese” algo que les hiciera poner en práctica una habilidad, colocarían su traba donde correspondiera.

No pasaron ni diez minutos y todas las trabas estaban colocadas. “He compartido, le pedí perdón,...” eran pequeñas experiencias que convertían nuestra clase en la clase de la felicidad.

Al concluir la actividad y valorar lo bien que nos sentíamos, uno de los alumnos aportó una gran idea: “¿y si cuando hagamos algo bueno cambiamos la traba y así podemos seguir jugando?”

A día de hoy el juego continúa funcionando.

ENLACE AL VIDEO DE YOUTUBE: <https://youtu.be/g2FvFitsMKE>

**BIBLIOGRAFÍA:**

Roche, R. (1995) *Psicología y Educación para la Prosocialidad*. Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona.

Johnson, R., Johnson, D. & Holubec, E. (1999) *El aprendizaje cooperativo en el aula*. Buenos Aires: Paidós.